



EL MUNDO A COMIENZOS DEL SIGLO XXI

Coronel (R) Hugo Gastón Sarno

Febrero de 2008

Primeras palabras

Un esfuerzo de síntesis exige señalar las características llamativas de este período que vive la humanidad. No es tarea fácil, primero porque existe información excesiva que impone separar lo superficial y lo secundario de lo que tiene trascendencia. Segundo, porque los informes que circulan contienen muchas exterioridades captables por los sentidos humanos: discursos, declaraciones, movimientos, crecimientos, cotizaciones, acuerdos, guerras y tantos otros, de los cuales suele quedar oculta la intención debajo de la superficie. Y tercero, porque se agrega a lo anterior todo un sistema de desinformación que deforma la realidad y a veces la oculta.

Queda planteada una primera pregunta: ¿qué es la realidad? Para este trabajo, la realidad es lo que ocurre: no lo que está por ocurrir, porque todavía no es realidad. Ella tiene distintos niveles. En el nivel más visible de la realidad están los hechos motores y sus autores, aquellos que poseen fuerza suficiente como para sostener o cambiar la realidad en el mundo, superando oposiciones. En un nivel menor se ubican autores y hechos de influencia disminuida, a veces entorpecida, atrapada o sumergida en ambientes locales, de repercusión sólo marginal.

Sin embargo, si consideramos la dimensión trascendente, debe rescatarse a los autores y conductas de carácter personal dentro de la inmediatez humana, donde esas conductas mantienen la dignidad y el respeto hacia los prójimos, ajustadas a la ética de los mandamientos para la vida exterior y para la reflexión interior. Esta es una realidad que escasamente suele ser distinguida cuando la atención está excesivamente atrapada por sucesos públicamente resonantes y espectaculares.

Una síntesis sobre el mundo de la actualidad puede incluir los siguientes temas:

- La calificación histórica.
- La cohesión física.
- La dinámica del poder.
- La moralidad.
- El crecimiento demográfico y la geografía.

La calificación histórica.

Hemos entrado a un nuevo milenio, el milenio de las tecnologías asombrosas. El ingreso al año 2001 fue precedido durante el año 2000 por grandes festejos en todo el mundo. La televisión, los periódicos y otros medios de difusión lo registraron con abundantes detalles. ¿Era realmente una alegría generalizada? Entendemos que no.

Tantas fiestas, tantos fuegos de artificio, tantos brindis, fueron organizados por gobiernos y municipios para crear un estruendoso espectáculo más. Es que grandes sectores de la humanidad permanecían y permanecen pendientes –distráidos y atrapados– por los espectáculos, recordándonos aquellas reuniones circenses del imperio romano. El cine y sobre todo la televisión, son las tecnologías más apropiadas para cautivar la atención, frente a cuyas pantallas la gente debe permanecer inactiva y aprisionada por los sentidos de la vista y del oído.

Haciendo a un lado los ruidosos y encandilantes festejos, la humanidad no atravesaba en esos momentos un final de milenio –y de siglo– tranquilizante y esperanzado hacia un futuro mejor. Todo lo contrario: la existencia de instrumentos pavorosos en poder de varios gobiernos y grupos humanos, más los actos terroristas que comenzaron a recrudecer, creaban un estado de tensión, de incertidumbre y de angustia, que permanecían ocultos detrás de los fuegos artificiales. No sólo eso: las condiciones geográficas alteradas permitían una gran preocupación por la hospitalidad del planeta. Todo ello sin agregar otros síntomas deplorables.

El entonces presidente Bush (padre) anunciaba en esos momentos el comienzo de *un “nuevo orden mundial”* para el tercer milenio, promesa que era simultánea con los bombardeos aéreos y el empleo de armas de última generación y certera eficacia, de manera que así se presentaban los procedimientos a emplear para crear ese “nuevo orden”: por la fuerza de la tecnología aplicada a la acción bélica.

Cuando Europa vivió el comienzo del segundo milenio durante el año 1.000, no existían medios de difusión. Los pueblos vivían pendientes de las profecías evangélicas y otras: muchos sacerdotes llamaban al arrepentimiento y sembraban el terror por un inminente castigo divino y evangélico que comenzaría con un segundo “*diluvio*” y luego, con la destrucción del planeta. Quien no estaba aterrorizado, por lo menos permanecía preocupado y perturbado; se extendía la imaginación excitada por próximas catástrofes; aparecían grupos presas del pánico.

Existe un hecho que constituye un hito histórico que dio comienzo a una nueva época. No fue “la caída del muro”; no fue el lanzamiento del Sputnik en 1958; ni tampoco el atentado a las “*torres gemelas*” del 11 de septiembre de 2001. Aquel hecho ocurrió en Alamo Gordo, Nuevo México, Estados Unidos, al comenzar agosto de 1945, cuando se produjo el primer ensayo de una explosión llamada atómica, verdadero acontecimiento “*anti-histórico*”, que dio inicio a un “*tembladeral cronológico*”, a ubicar el futuro en la duda, a interrogar el significado de esta clara “*insolencia*” humana contra toda una sucesividad y destino de la humanidad.

Cuando aquello ocurrió y aun hoy, medio siglo después, las grandes mayorías humanas continúan ‘comiendo y bebiendo’, distraídas; o bien atrapadas por sus problemas inmediatos que exigen decisiones y energías para poder vivir.

Fueron pocos las personalidades lúcidas que advirtieron y entendieron el significado. Albert Einstein dijo: “*La humanidad ya tiene el arma que necesita para suicidarse*”. Karl Jaspers escribió: “*Bajo la aparente calma de los acontecimientos cotidianos, nos hallamos ante la posibilidad real del fin del mundo*”. Este autor – Jaspers – entregó en 1958 a sus editores una obra de significación profunda titulada “*La bomba atómica y el futuro de la humanidad*”, que la Compañía Fabril Editora entregó y comentó para los lectores argentinos en 1961. En ese libro el autor presentó allí el problema de la sobrevivencia de la humanidad, tema que superaba el pensamiento político, desbordado por un arma cuya utilidad política era muy discutida, eliminando

con claridad aquel optimismo decimonónico sobre el brillante futuro del ‘progreso’. Casi al final de sus quinientas cuarenta páginas, el último capítulo tiene por título una pregunta: “¿En qué hemos de confiar?”, donde se sintetiza la esperanza pero también la incertidumbre. Jaspers prácticamente allí destruyó el significado alentador e inicial del ‘progreso’.

El filósofo argentino Jorge García Venturini escribió: *“Un futuro insólito aguarda a nuestra historia, al punto que hasta es posible – y muy probable además – la insolencia suprema: que ni siquiera haya futuro”,* y más adelante: *“...la fisonomía que habrá de tener el mundo en el caso, sólo probable, de que continúe siéndolo”.*

Estas personas no han intentado alarmarnos. No eran pesimistas ni agoreros. Eran pensadores responsables que se apoyaban racionalmente en sucesos ocurridos.

Ciertas campañas intelectuales se dedicaron a calmar los espíritus difundiendo confianza en una llamada “disuasión”, actitud posiblemente prudente de los dirigentes que no exageraban las amenazas como para rescatar un futuro rentable. Sin embargo, aquel monopolio bipolar sobre los conocimientos más peligrosos quedó anulado por lo que tantos analistas llaman la “proliferación nuclear” hacia una multipolaridad de “actores atómicos”, y todavía, por la dispersión tecnológica al alcance de grupos humanos.

Recordamos la advertencia del Presidente Kennedy: *“Sólo disuadiremos a un enemigo de atacarnos nuclearmente si nuestro poder de represalia es tan fuerte y tan invulnerable que lo convenza de que será destruido por nuestra respuesta.... Pero este concepto disuasorio, tiene una dimensión racional únicamente cuando lo tienen en cuenta personas racionales. Y la historia de nuestro planeta nos enseña que muy raras veces los actos humanos fueron dictados por la razón. Debemos, pues, tomar en consideración las posibilidades imprevisibles de un ataque irracional, de un mal cálculo, de una guerra accidental. La índole de la guerra moderna tiende a exaltar esas posibilidades”.*

Con gran preocupación se menciona actualmente la capacidad de producir y emplear otros tipos de armas terribles: químicas, biológicas y radiológicas, que hombres irracionales y fanatizados podrían emplear (se conocen algunos ejemplos poco difundidos¹). Pero eso no es todo. Hoy se menciona hasta la capacidad tecnológica de alterar los climas y provocar fuerzas telúricas para provocar catástrofes “aparentemente naturales”, tema que hasta ha sido debatido en la ONU.

Estas condiciones forman parte de la realidad. No se las debe disimular ni menospreciar. De manera que ante un posible “fin de la historia” y de la vida misma de todas las especies, es conveniente pensar en un prolongadísimo ciclo histórico desde el “diluvio bíblico” hasta nuestros días, sucesivos milenios a lo largo de los cuales los peligros sólo habían amenazado a algunos pueblos y fueron pasajeros. Este, puede ser el momento cíclico culminante: el principio del siglo XXI, cuando el empleo de la tecnología de avanzada es amenazador para nuestra vida, para la naturaleza geográfica del planeta y para la Historia.

La cohesión física.

Ha concluido la compartimentación de la humanidad. Desde que los portugueses y Colón anularon los océanos como enormes obstáculos, durante los siguientes cuatro siglos el género humano progresivamente se pudo en contacto recíproco, neutralizando las distancias geográficas y abreviando los tiempos.

Las consecuencias fueron profundas: se conoció el planeta al recorrerlo actualizando el conocimiento geográfico y también el astronómico; los europeos impusieron su cultura a los pueblos nativos mediante el proceso que se llamó la “occidentalización” del mundo²; muchos de esos pueblos quedaron sometidos y se les suprimió su propia historia, que en adelante fue

¹ Se conoció el empleo de gas sarín en el subterráneo de Tokio en 1995, como el más difundido.

² La China de Mao, al convertirse al “comunismo” se occidentalizó, porque el ‘comunismo’ es una ideología escrita por europeos en Europa.

establecida por los conquistadores; así se alcanzó un proceso humano que algunos llaman todavía el “mundo uno”.

Existe hoy una única historia para todos, historia mundial. Han terminado los aislamientos. Las influencias son inmediatas. Los proyectos llevados a la práctica sufren perturbaciones que alteran sus circunstancias originales. Pensemos que sólo una chispa irracional en Medio Oriente sería capaz de cambiar la historia mundial, tanto como una estampida financiera podría trastornar la vida de por lo menos media humanidad. Hasta los esquimales no escapan al resto del mundo gracias a sus teléfonos celulares y al derretimiento de los hielos polares.

En tanto los tiempos son peligrosos, sus consecuencias no quedan restringidas localmente. La “ajenidad” – nueva palabra – es un resultado de que nada hoy es “ajeno”, como si fuera de otros y sólo para otros. Cualquiera puede ser víctima sin ser el destinatario. Resulta prudente tomar conciencia de lo que ocurre y de lo que puede ocurrir en el mundo, mediante una visión que se eleve por sobre la horizontalidad inmediata.

La dinámica del poder.

Mackinder había afirmado que los exploradores habían llegado a los confines de la Tierra (las regiones polares) y, que detrás de ellos, llegaban “las banderas” (nacionales) tomando posesión territorial. A partir de ese momento no se encontrarían nuevas regiones vacías que pudieran absorber las manifestaciones del poder, gracias a geografías vírgenes de la presencia humana que ya no existían. Por lo tanto, el poder regresaría sobre regiones ya pobladas y ocupadas, haciendo estallar sus sectores más débiles. He aquí sus palabras:

“De aquí en adelante, en la era poscolombina³, nuevamente nos hallaremos en un sistema político cerrado y, lo que no tiene menos importancia, la esfera de acción del mismo (del sistema político) será el mundo entero. Todas las explosiones de fuerzas sociales que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino de espacio desconocido en el dominan la barbarie y el caos, serán fielmente reflejadas desde los más lejanos rincones del globo y debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destrozados”.

En 1904 anunció así Mackinder con estos conceptos que aumentará la “densidad” del poder en el mundo, porque el poder se extiende donde ya existe poder. Hoy, un siglo después, la realidad confirma aquel anuncio porque:

- Primero, el progreso tecnológico ha entregado instrumentos que hacen más rápido, más profundo y más fuerte al poder.
- Y segundo, existen regiones donde ocurre “una saturación de poder” como en el Medio Oriente, donde se superponen todos los poderes políticos (militar, económico, financiero, diplomático, psicológico), enfrentados tanto racional como pasionalmente con intereses vitales imposterables.

Eso no es todo. Debe agregarse que no ha dejado de aumentar la agresividad y su dispersión: existen ciertos Estados agresivos, a los que se agregan empresas y organizaciones agresivas, sistemas bancarios agresivos, prensas agresivas y hasta grupos humanos agresivos. Aquel siglo XX, siglo de las ‘guerras mundiales’, ha desembocado entonces “agresivamente” en la primer década del siguiente.

La guerra y el atentado parecen asociarse y a veces confundirse. La razonabilidad queda a veces perturbada por la pasionalidad que no mide los riesgos y sus consecuencias, tema que ya fue señalado por el Presidente Kennedy.

En conjunto, el comienzo del nuevo siglo que vivimos se presenta con amenazas inmediatas y mediatas. No resulta tranquilizador.

³ Mackinder distingue como época ‘poscolombina’ a los cuatro siglos que siguieron a los viajes de Colón, durante los cuales aquel mundo ‘políticamente cerrado europeo’, dejó de estar cerrado al abrirse y comenzar el cruce de los océanos.

En este tiempo el peligro es una característica sobresaliente: lo hemos sufrido en Buenos Aires con terribles atentados en la década de 1990; se lo sufre en Nueva York, en Washington, en Moscú, en España, más allá de la peligrosidad callejera y cotidiana. No estamos exagerando. El peligro está presente para movilizar tanta protección, tanta búsqueda, tanto temor, tanta incertidumbre. Ningún pueblo puede tranquilizarse sintiéndose marginal, porque estos hechos no hacen diferencias entre destinatarios, víctimas ni espectadores (ya lo mencionamos).

Si alguien hubiera escrito estas líneas hace 15 años, ese autor habría sido calificado de “apocalíptico”, alarmista o guionista para ‘cine catástrofe’. Pero ocurre que estas líneas se están escribiendo después de hechos salvajes como los del subterráneo de Tokio y de las ‘torres gemelas’, de manera que la tendencia destructiva de los grupos fanatizados no es imaginada ni supuesta: es toda una realidad, aunque detrás de todo suceso costoso siempre hay “alguien que paga”: el dinero es un factor de poder aunque muchas veces silencioso.

La “cohesión física” en que se encuentra la humanidad ha llegado ya a provocar explosiones y temibles “saturaciones de poder”. Así como contratamos un seguro de vida, de incendio, de accidente, podemos asegurarnos contra sucesos mundiales tal como lo hacemos en el orden individual. Para las instituciones la imprevisión es imperdonable y la improvisación será imposible. La sorpresa puede ser irreparable en sus consecuencias. Para las amenazas mediatas podemos usar el calendario, pero para las inmediatas tenemos que limitarnos al reloj.

La moralidad.

Pablo VI afirmó que la humanidad progresaba científicamente pero no en la moral, donde se advertía un retroceso.

Existe un enorme inventario mundial que pone de manifiesto ese retroceso moral. Veamos. El narcotráfico.

Desde 1945 la producción y comercialización de drogas ha recibido un fuerte impulso financiero bancario que le permitió crecer y convertirse en un azote mundial contra la dignidad humana. Es una actividad viciosa y maligna que produce ganancias monetarias extraordinarias, de las que no son ajenos en el mundo un conjunto de funcionarios y sistemas de inteligencia. De lo contrario, no se habría globalizado.

El crimen organizado.

Roberto E. Duarte, argentino y docente, lo define con claridad: “*La integración de grupos delictivos con características empresariales, se han estado desarrollando desde la finalización de la IIGM, y alcanzan una expansión muy importante con la disolución de la Unión Soviética, dando lugar a la aparición de innumerables grupos delictivos nuevos, al establecimiento de alianzas estratégicas entre dichos grupos, y a la diversificación de sus actividades ilícitas*”.

A estas características deben agregarse sus conexiones con los sistemas bancarios “off shore” y con algunos sistemas de inteligencia.

La prostitución.

Lo que cierta vez se llamó la “profesión más antigua del mundo”, hoy ha sufrido una verdadera estampida. Representa un negocio infame que ha olvidado los barrios pobres y necesitados de prostitutas baratas, para encumbrarse gracias a ganancias millonarias en residencias elegantes, movimiento internacional, mafias silenciosas y hasta rapto de menores.

El contrabando humano:

Este subtítulo que parece un eufemismo, está abriendo un tema realmente infame: la venta de niños y el sacrificio humano para vender los órganos solicitados por las modernas cirugías, más el hurto de las donaciones sanguíneas.

La delincuencia juvenil.

No es necesario describirla. El lector puede documentarla en la prensa semanal. Pero ella es solamente un capítulo del crecimiento de la delincuencia en toda la humanidad.

Las luchas inhumanas.

Estos conceptos fueron anticipados por el Teniente General Benjamín Rattenbach en 1952 para el futuro siguiente. Lo sintetizamos afirmando que la “inhumanidad” sigue siendo una manifestación en la que no se respetan personas inocentes y se acomete tan sólo para aterrorizar. Las bajas pasiones han trepado hasta el primer plano de la agresividad llegando hasta la crueldad.

El hombre que se inmola, es decir el suicida, parece ser un escalón más del descenso de la agresividad hacia dimensiones inhumanas e irracionales. Los países llamados progresistas, o industrializados, o desarrollados, son los culpables de comenzar con los malos ejemplos inhumanos: ellos utilizaron gases desde 1914-18, ensayaron agresivos biológicos, usaron NAPALM en varias oportunidades, fabricaron, ensayaron y usaron la bomba atómica, se cumplieron fusilamientos en los bosques de Katyn, se usaron cámaras de gases en la Alemania nazi, se bombardeó la ciudad de Dresde quemándola, y en la reciente guerra contra Yugoslavia emplearon armas prohibidas, por citar los ejemplos más difundidos.

Sin embargo, esos países estaban considerados en la cumbre de la civilización, sus máximos exponentes. ¿Civilización? ¿Qué es ‘civilización’? ¿Y qué es barbarie? ¿No estaban abandonando la civilización? ¿En qué profundidad la civilización está invadida por la barbarie?

En la medida en que la rivalidad se va convirtiendo en odio, la lucha desciende a niveles subhumanos, no sólo en los instrumentos que emplea. Además, esa lucha toma las tácticas del “gangster”: extorsiones, amenazas, secuestros, sobornos, asesinatos, todo desde las sombras. Pero cuando el hombre se va a inmolar, aparece como integrante de una táctica que ya anunciaron los ‘kamikazes’. ¿Qué clase de “Caja de Pandora” es ésta? ¿Queda algo todavía para sorprendernos o bien, la crueldad ha alcanzado su máxima expresión?

Los asesinatos masivos y silenciosos.

Este tema incluye no sólo el aumento del aborto, sino la sospecha de que algunas enfermedades mortales podrían no ser naturales.

La mentira.

Es una realidad que ya hemos mencionado en los primeros párrafos de este trabajo: las campañas de desinformación y de ocultamiento de realidades inconfesables. Pero la mentira no está instalada solamente en las más encumbradas declaraciones del mundo. Tiene abundantes manifestaciones regionales y locales.

Estas manifestaciones de la inmoralidad no ocurren aisladamente. Muchas de ellas están intervinculadas en asociaciones silenciadas para el conocimiento público, ocultando acuerdos que producen beneficios recíprocos.

Muchos de estos sucesos confirman que con la pérdida de la ética, quedan amenazados y debilitados el señorío, la filantropía, también la caridad. Vivir en un mundo tan vulnerado es una tarea difícil y muy riesgosa para Estados e instituciones que mantienen la seriedad en su comportamiento internacional.

El crecimiento demográfico y la geografía.

Durante el siglo XIX la humanidad aumentó numéricamente en un 50%: de 1.000 millones de habitantes (año 1800) llegó a 1.500 millones (en el año 1900). El siglo XX presenció un cambio llamativo en esa tendencia creciente: el porcentaje se elevó a 400%, pues aquellos 1.500 millones de habitantes se convirtieron en 6.000 millones luego de cien años.

La “explosión demográfica” es un adjetivo que puede leerse en cientos de publicaciones que a la vez presentan alternativas futuras de máxima y de mínima para el año 2050 por ejemplo, desde 8.000 hasta 10.000 millones de habitantes.

En un trabajo anterior hemos presentado la pregunta: esa humanidad futura tan numerosa, ¿dónde va a vivir y con cuáles recursos se va a sostener?

La probable respuesta se encuentra en el ambiente geográfico que, científicamente, se comprueba cómo va perdiendo sus características naturales, alteradas por la intervención de los hechos humanos contribuyentes para dañarlos. En este sentido, la hospitalidad del planeta para aquel año 2050 es dudosa. Si la actual degradación ambiental continúa, es razonable esperar:

- La apetencia por las regiones privilegiadas en su calidad geográfica y por sus escasos habitantes.
- Las energías volcadas hacia el exterior en los Estados donde la población es excesiva, su geografía no es suficiente y su potencia les permite buscar soluciones internacionales.
- El aumento de las migraciones humanas abandonando sus regiones de origen.

Parece suficiente por el momento presentar el problema como el de una humanidad que crece en un planeta que no crece, desafío que compromete voluntades políticas y científicas para encontrar alternativas aceptables.

Reflexiones.

Este trabajo tiene escasa extensión porque su objetivo es contener tan sólo una síntesis: llegar a definir la actualidad mundial en pocas palabras.

Los temas desarrollados están incluidos en copiosas bibliografías. Su acceso es posible pero demanda demasiado tiempo. La pregunta siguiente está dirigida a esta misma condición: ¿existe tiempo suficiente para profundizar el análisis en los debates y hasta en los congresos?

Nuestra opinión ha sido definida en otro trabajo titulado *¿Faltan cinco minutos?*⁴ Vivimos durante un **‘apresuramiento histórico’** común para toda la humanidad, donde los años parecen breves para tanta acumulación de sucesos. El futuro nos llega también con celeridad, pero se trata de un futuro amenazador. Entonces, ¿cuál puede ser nuestra reflexión?

Comencemos con algo que nos parece imperdonable: que los “Toffler”, con el subtítulo de *“DIOS ESTÁ AVANZANDO”* en su último libro⁵, denominan así tan sólo al crecimiento numérico de las poblaciones cristianas e islámicas, haciendo sinónimo al número de ellas con la calidad también de ellas. Si personas tan inteligentes cometen esa barbarie intelectual, puede preguntarse qué juicios se escucharán y leerán de otros personajes igualmente publicitados. Se sospecha que según la situación inmoral que se ha alcanzado en la humanidad, las condiciones pueden estar dadas para que “Dios avance de otra forma sobre nosotros”, posiblemente como lo anunció San Juan en el Apocalipsis.

Los que leen estas páginas pueden estar no viviendo, sino sobreviviendo. Con tantos hechos crueles y mortales, han llegado a ser testigos de esa realidad, no por un propósito proyectado sino por causas ajenas a la voluntad: simplemente, no han sido víctimas.

En un mundo tan peligroso e imprevisible, no es suficiente sólo la precaución y la previsión, que más que obligaciones nacionales son ya regionales. Además, se necesita pensar en el destino superior para la humanidad y para su planeta, que tiene que ser independiente de la voluntad de los hombres. Se entrará así más allá de la filosofía de la Historia: se entrará en el terreno de la religión, donde se encuentran las profecías bíblicas.

Buenos Aires, octubre de 2007.

Coronel (R) Hugo Gastón Sarno.

Pertenece al Arma de Infantería. Es Oficial de Estado Mayor del Ejército Argentino (1954) y también Oficial de Estado Mayor del Ejército del Perú (1960). Pidió su pase a situación de retiro y le fue concedido el 3 de marzo de 1972.

Fue Profesor en la Escuela Superior de Gendarmería Nacional y en la Universidad Católica de Salta (Delegación Buenos Aires).

⁴ Boletín de Difusión Académica N° 8/2003 de la Escuela de Defensa Nacional.

⁵ “La revolución de la riqueza”, 2006, Editorial Sudamericana S.A., página 502.

Fue Profesor en el Instituto Universitario de la Policía Federal, Licenciatura en Ciencias de la Seguridad, cátedra de Geopolítica (1983-2005).

Actualmente es Profesor e investigador en Geopolítica en la Escuela de Defensa Nacional desde 1980.

Es Profesor titular ad honorem en la Universidad Maimónides, Licenciatura de Estrategia Contemporánea, cátedra de Geopolítica, en la Maestría en Relaciones Internacionales y en la Maestría de Geopolítica, ambos en primer y segundo años, desde 2003.

La Revista Geopolítica le ha difundido más de 40 trabajos. En la página web de la Escuela de Defensa Nacional se publican 26 trabajos de su especialidad. Es autor de dos libros, textos de estudio en la Universidad Maimónides: “Lecciones de Geopolítica, Volumen 1 (2003) y Volumen 2 (2004).